

LA POESÍA DE RAMÍREZ PAGÁN Y LA MUERTE DE CARLOS V

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

En su amplio y detallado estudio sobre la poesía del siglo XVI en España, Antonio Prieto atribuye a la fecha de 1558, el año en que murió Carlos V en Yuste, un papel muy importante en el desarrollo de nuestra lírica renacentista. “Carlos V, ya abdicado como Emperador, desertado de peregrinaciones, muere en el retiro de Yuste en 1558. Es una fecha que puede servirnos, sobrepasando algo el medio siglo, para atender trayectorias poéticas que tendrán polos como Salamanca o Sevilla, distintamente al ir unidos con la corte de un toledano (Garcilaso), un catalán (Boscán), un andaluz (Hurtado de Mendoza) o un portugués (Montemayor)”¹.

Señala, igualmente, que en esa fecha ya han muerto Garcilaso (1536), Boscán (1542), Fernández de Heredia (1549), López de Villalobos (1549), Cristóbal de Castillejo (1550), Gutierre de Cetina (1557) y Sa de Miranda (1558). En los años siguientes desaparecerían Luis Milán, Juan Hurtado de Mendoza, Juan de Iranzo, Jorge de Montemayor y Gregorio Silvestre. Pero también es cierto que Diego Hurtado de Mendoza, que moriría en 1575, o Teresa de Jesús, entonces con cuarenta y cinco años, o Hernando de Acuña, con poco más de cuarenta años representan todavía impulsos, que recogerá la nueva generación. De Acuña, afirma Prieto que “tocado por la muerte y desengaños del Emperador” cambia “su acción poética amorosa por una meditación ascética”, mientras que ve “una Granada, bajo Felipe II, muy lejana de aquella que fue espléndida fiesta para recibir al Emperador y donde Garcilaso halló para su poesía unos ojos capaces de “tornar clara la noche temblorosa”. Acuña es casi una rectificación de la poesía de su tiempo”².

Lo cierto es que en 1560, está, como señala Antonio Prieto, en plena juventud, entre los veinticinco y los treinta y cinco años, otro valioso grupo de poetas, formado

¹ Antonio Prieto, *La poesía española del siglo XVI*, Cátedra, Madrid, 1984, I, p. 196.

² Antonio Prieto, *La poesía española del siglo XVI*, I, p. 196.



por Juan de Mal Lara, fray Luis de León, Arias Montano, Juan de Almeda, Malón de Chaide, Baltasar del Alcázar, Fernando de Herrera, Alonso de Ercilla, Diego de Dueñas, Francisco de la Torre y el murciano Ramírez Pagán. Y tras ellos, Francisco de Figueroa, Francisco de Aldana, Juan de la Cueva, Pedro Laynez o el mismo San Juan de la Cruz, aunque este ya nació en 1542.

No han llegado hasta nosotros, en las ediciones habituales, muchas elegías sobre el Emperador Carlos V ni lamentos sobre su muerte. Que sepamos, y debemos el dato a un libro generalmente bien informado, el de Eduardo Camacho Guizado³, tan sólo Hernando de Acuña, que cantó antes al Emperador en un justamente famosísimo soneto⁴, dedica un “epigrama”⁵ a tan luctuoso suceso. Pero Camacho no menciona la colección de poemas que le dedica a la muerte de Carlos V Ramírez Pagán y a la que nos vamos a referir en estas páginas. Esto no quiere decir que el Emperador no fuese cantado por los poetas. Un libro muy interesante, hoy totalmente olvidado, para valorar la presencia del Emperador en la poesía de su época, es la amplia y completa antología en dos volúmenes que reunieron Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco, en 1940, con el expresivo y levantado título, sin duda de clara intención política, *Poesía heroica del imperio*⁶, en el que recogieron todos los poemas militares y triunfales de los poetas del siglo XVI y XVII, entre los que se escogieron muchos de los dedicados a las personas reales.

Además de los poemas ya citados de Acuña, recopilan los siguientes: Gutierre de Cetina: “Al Emperador” (“No fuera Alcide, no, famoso tanto”) (p. 277); Fernando de Herrera: “Al Emperador Carlos V” (“Diestra heroica de Carlos que igual mira”) (p. 227), “A Carlos V” (“Temiendo tu valor, tu ardiente espada”) (p. 235), “A la derrota del Duque de Sajonia por Carlos V” (“Do el suelo hórrido el Albis frío baña”) (p. 235); y “En la abdicación de Carlos V” (“Dejad ya de seguir el paso incierto”) (p. 238); y Francisco de Medrano: “Soneto a la renunciación que hizo el Emperador Carlos en el hijo y el hermano” (“De sostener cual nuevo Atlante el mundo”) (p. 305). Del mismo modo que ocurría con Camacho Guizado, tampoco Rosales y Vivanco recogen ninguno de los poemas de Ramírez Pagán que comentamos en este trabajo.

Y es que es muy cierto que, hasta Antonio Prieto, el poeta murciano Ramírez Pagán fue el gran ignorado de la poesía renacentista. Como no lo recogió Adolfo de Castro en su colección de poetas de los siglos XVI y XVII, de la Biblioteca de Autores Españoles⁷, fue un auténtico olvidado hasta que lo editó Antonio Pérez

³ Eduardo Camacho Guizado, *La elegía funeral en la poesía española*, Gredos, Madrid, 1969, p. 127.

⁴ “Ya se acerca, Señor, o es ya llegada”, en Hernando de Acuña, *Obras varias*, edición de Luis F. Díaz Larios, Letras Hispánicas, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 328-329.

⁵ “Epigrama a la muerte del emperador Carlos Quinto”, *Obras varias*, pp. 352-355. Es un curioso poema, en el que habla la Fama, formado por diez décimas octosílabas. Acuña dedicó aún otro poema al Emperador, formado por dos octavas reales, póstico quizá de una colección proyectada que nunca llegó a terminar: “A su majestad”, *Obras varias*, p. 90.

⁶ *Poesía heroica del imperio*, edición de Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco, Ediciones Jerarquía, Madrid-Barcelona, 1940-1943.

⁷ *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, edición de Adolfo de Castro, Biblioteca de Autores Españoles, vols. XXXII y XLII, Atlas, Madrid, 1966.



Gómez⁸, y aun después. Y justamente el propio Pérez Gómez en sus palabras prologales señaló el olvido constante a que estuvo sometido siempre Ramírez Pagán, a quien en el momento de hacer el bibliófilo ciezano su edición (1950), no citaban los más importantes historiadores de la literatura española⁹. Tan sólo Andrés Baquero Almansa¹⁰ y Joseph Fucilla¹¹ habían dedicado páginas inteligentes al poeta murciano. Hoy la situación no ha cambiado mucho, aunque no sólo contamos con la edición de Pérez Gómez sino además con una muy reciente de David López García y Rosario Siminiani¹², circunscrita exclusivamente a los sonetos. Mariano de Paco y yo¹³ le dedicamos, en la *Historia de la literatura murciana*, un espacio amplio. Pero sigue siendo un escritor totalmente olvidado.

Ramírez Pagán dedicó a la muerte de Carlos V nada menos que cuatro poemas.

1. "Elegía primera a la muerte del Emperador Carlos Quinto a la serenísima princesa doña Juana, su hija", *Floresta de varia poesía*, I, pp. 38-49.
2. "En la sepultura de Su Majestad. Soneto", *Floresta*, p. 49.
3. "Soneto a la muerte de Su Majestad", *Floresta*, p. 50.
4. "Otro al mismo Emperador fingiendo la metáfora del águila", *Floresta*, pp. 50-51.

La elegía primera es una composición muy extensa, "bastante larga y mediocre", para Antonio Prieto¹⁴. Compuesta en tercetos encadenados, el poema cuenta con 301 versos, es decir cien tercetos (número redondo, sin duda buscado intencionadamente) y el verso que cierra la composición tras el último terceto, de acuerdo con la norma, para que ninguno quede suelto. Se trata, por tanto de un poema de muy altos vuelos, con gran pretensión, ya que no sólo es una elegía y dedicada a la muerte del Emperador, sino que además va dirigida a la princesa doña Juana. El tono, como mandan los cánones, es solemne y elevado.

Hay en el poema algunos aspectos sumamente llamativos y el primero de ellos es que el propio poeta empieza hablando de sí mismo y de su relación con el Emperador, e incluso comentando un poema suyo anterior que es muy fácil de localizar. He aquí el inicio de la elegía vv. 1-5:

⁸ Diego Ramírez Pagán, *Floresta de varia poesía*, edición de Antonio Pérez Gómez, Seleccionados Bibliófilas, Barcelona, 1950, 2 vols. Seguimos esta edición, aunque hemos modernizado, según las normas actuales de ortografía y puntuación, todos los textos.

⁹ Antonio Pérez Gómez, edición citada, p. 15.

¹⁰ Andrés Baquero Almansa, "Murcianos ilustres. El Doctor Ramírez Pagán", *Semanario Murcia*, III, 113-114, 1880.

¹¹ Joseph Fucilla, *Estudios sobre el petrarquismo en España*, CSIC, Madrid, 1960.

¹² Diego Ramírez Pagán, *Sonetos*, edición de David López García y Rosario Siminiani Ruiz, Clásicos Murcianos, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1998.

¹³ Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la literatura murciana*, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio-Editora regional de Murcia, Murcia, 1989, pp. 64-69.

¹⁴ Antonio Prieto, *La poesía española del siglo XVI*, I, p. 190.



Yo celebré tu nombre en regocijo
de la nueva corona de Castilla
que César glorioso dio a su hijo.

Al extremo llegó la maravilla
de placeres entonces nuestro canto,
agora a la más última mancilla.

Laureola me dieron como a santo,
agora el premio sea que me dejen
como cisne morir en este canto.

Se está refiriendo Ramírez Pagán a su soneto, también incluido en la *Floresta* (pp. 116-117), "A César cuando dio la corona de Castilla a Felipe", perteneciente igualmente y como es lógico del ciclo del Emperador, y que completa el grupo de poemas dedicados a su figura, no exento del mismo modo de un cierto tono elegíaco:

La rica Arabia un sólo fénix cría,
que en lumbre de alto cedro, en el levante,
para hacer de sí a su semejante
deshacerse quemando es su porfía.

Cesárea majestad, única guía,
no hay fénix que a ti fénix gloria cante,
ni otra España que en hombros te levante
a la suprema y alta monarquía.

¿Cuál fénix, sin quemarse, da, que sea,
de su ceniza el fruto consagrado,
como de nuestra Iberia agora nuestro?

Que en tu fruto gozosa ya se emplea,
y no mengua tu imperio ni tu estado,
ni morirá tu nombre al siglo nuestro.

Se refiere Ramírez Pagán, en la elegía, a los honores obtenidos por este su soneto, y en efecto, como recuerdan López y Siminiani¹⁵, el poeta obtuvo una corona de laurel en la Universidad de Alcalá, en 1556, en un concurso convocado para glosar la abdicación. Ramírez Pagán avivó su ingenio y compuso un soneto muy complejo utilizando el motivo alegórico del ave fénix, que, originaria de Arabia, cuando va a morir, construye su nido, le prende fuego y de sus cenizas surge la nueva ave. Así, el Emperador deja de serlo voluntariamente, pero de su cenizas sale el nuevo fénix, que no es otro que Felipe II.

La elegía continúa haciendo referencia a las distintas desgracias que han asolado la existencia de la princesa Juana —perdió marido y madre— no comparables ninguna

¹⁵ Diego Ramírez Pagán, *Sonetos*, p. 121.



a la que ahora padece con la pérdida del padre. Los versos de Ramírez Pagán acentúan la nota dramática y acuden a la hipérbole para revelar el general desconcierto que produce la desaparición del Emperador (vv. 37-42):

Rompa el llanto las nubes, pues resuena
de España el alarido hasta el cielo;
llore Neptuno en la mojada arena:
Suelte el rey de los vientos, sin recelo,
sus hermanos discordes y en un punto
el más alto edificio venga al suelo.

Los elogios al Emperador no se harán de esperar (vv. 49-54):

El quinto Emperador de los romanos
Carlos rey y monarca valeroso,
espanto de infieles y paganos.
Entre reyes, el rey más poderoso,
de esforzados, un Héctor muy valiente;
de buenos, el más alto y piadoso.

Las alabanzas se multiplican, expresadas en interrogaciones retóricas muy recargadas, sin duda para poner de relieve la grandeza del Emperador, cuyas hazañas, que cierra con el retiro a Yuste, no son, en opinión del poeta, justamente apreciadas. Y, en este sentido, una de las interrogadas es la Fama: “¿Por qué parlera fama estás secreta?”, para a continuación indicarle justamente lo que tiene que hacer, que es ensalzar esas hazañas. En la elegía del mismo asunto de Hernando de Acuña será, como sabemos, la Fama la encargada de ponderar, sistemáticamente, las victorias de Carlos V.

Hacia la mitad del poema, vuelve a dirigirse a la princesa huérfana, para mostrarle al padre en el cielo, habitando un *locus amoenus* muy renacentista (vv. 154-156):

¡Qué celestial vergel, qué rico prado
está en el campo Elíseo entre mil flores
de aquellos pies divinos no pisado!

Enuméranse a continuación nuevas hazañas y sobre todo el poder casi universal del Emperador, que dominó en toda Europa, acompañado de la prudencia, uniendo a Mercurio con Marte. Y, tras ello, se desciende al detalle biográfico final, con referencia directa a episodios recientes: consejo de los médicos para que abandone Alemania y regrese a España a recuperarse, retirada al convento de Yuste, simbolizado mediante la figura del águila, que habrá de reiterar en dos de los sonetos funerales al Emperador como hemos de ver. Aquí (vv. 238-240),

El águila caudal sus alas coge,
y mansamente un regalado nido
del suelo placentino en Yuste escoge.



Comparece, además, la referencia a rumores cortesanos, harto interesantes (244-252):

Muchos curiosos han filosofado
que si Su Majestad no se viniera,
en Flandes fuera vivo y no acabado.

Parecen a los que andan en galera
pensando que en la barca no se sienta
la cólera que allí se les altera.

Presúmense evadir de la tormenta
por mudarse al esquife y van errados,
que en el mar y en su pecho está la afrenta.

Las siguientes referencias aluden a que el Emperador ya está muerto y descansa enterrado en “cavado suelo”, para volver a dirigirse a la princesa, que no debe llorar porque el monarca goza de la gloria eterna, para terminar con una oración (vv. 298-301):

Dios, en cuyo poder y a cuyo cargo
está la vida y muerte y la victoria,
consuele tu alarido triste y largo
y dé a Su Majestad eterna gloria.

Amén.

Los trescientos un versos se ajustan plenamente al estilo y la forma de la elegía heroica del momento. Incluso, desde el punto de vista formal, la estructura de los tercetos encadenados es la canónica, ya que cada uno de ellos forma una cláusula de pensamiento o expresión, que rara vez se sobrepasa. Los ejemplos transcritos dan muy buena cuenta de ello. Desde el punto de vista temático ocurre lo mismo: el ajuste al canon es total. Camacho Guizado¹⁶ hace referencia a los muchos poemas dedicados a la muerte de nobles y grandes hombres por parte de los más importantes poetas del Renacimiento, desde Garcilaso a Herrera, y anota que todas y cada una de estas elegías “heroicas” incurren en una serie de lugares comunes, que son los mismos que dejará sentir en esta su larga elegía Ramírez Pagán. Si la comparamos, concretamente, con la de Hernando de Acuña antes citada, advertiremos mucha similitud en algunas de las referencias, aunque la de Acuña es más ligera, y también más breve. Desde luego, el poner en boca de la Fama los elogios del difunto sintetiza mucho el género, sobre todo si lo comparamos con los largos parlamentos dirigidos por el poeta a su destinataria, la princesa doña Juana, la hija del Emperador.

Responden los sonetos plenamente al concepto y norma de “elegía heroica” que se acuñó, siguiendo la retórica petrarquista, en el Renacimiento español. Los tres

¹⁶ Eduardo Camacho Guizado, *La elegía funeral en la poesía española*, p. 124 ss.



forman un conjunto homogéneo con la “Elegía” antes comentada, tal y como señalaron López y Siminiani¹⁷, y, dentro de los más estrictos cánones del género, acuden a todos los tópicos y lugares comunes más característicos. En el rimero de ellos, por ejemplo, el titulado, “En la sepultura de Su Majestad”, el poeta acude a las referencias a la antigüedad, citando a Menfis, ciudad-símbolo de la grandeza de las civilizaciones, y utilizando el fuego como alegoría del poder, de acuerdo con la leyenda de Hércules, con la que los Austrias pretendían vinculación mítica¹⁸. Se sirve el poeta de algunos contrastes muy habituales en poemas de este tipo (por ejemplo: cuna frente a sepultura; grandeza del pasado, pobreza del presente; consideración monumental de la tumba; estrella y luna frente a sol, etc.) (p. 49):

Saque Menfis de Egipto alta coluna,
entiérrense otros Césares en ella,
que de este fuego son una centella
que ha sido al parecer cosa ninguna.

Dio Gante a nuestro Carlos rica cuna,
España con su tumba se querella;
con ésta todas son como una estrella
o en presencia del sol la blanca luna.

Porque no sólo el mármol donde yace
la suma de las glorias y hazañas
al justo Emperador sepulta en Yuste,
mas no hay quien en su muerte no la guste,
no hay español que sepa lo que hace
que no le dé sepulcro en sus entrañas.

La mitología clásica presidirá la alegorización del segundo soneto, titulado “Soneto a la muerte de su majestad”, con lo que consigue un conjunto algo más armónico y no tan recargado como el anterior. Y de nuevo la leyenda de Hércules, reflejada en el lema de las columnas (“Plus ultra”) vincula a la dinastía austríaca con la historia clásica del famoso héroe. La presencia del águila, emblema de la casa real e imperial, cierra un soneto en el que, para mayor gloria del Emperador, comparecen la tercera Parca, Caronte y Marte, tres mitos sometidos por Ramírez Pagán, en su afán ensalzador del monarca, a reducción: a la Parca se le interroga altivamente, a Caronte se le avisa de que la grandeza del difunto podrá hundir su mítica barca y al invicto Marte se le considera vencido por Carlos V. La hipérbole prebarroca lleva al poeta a este tipo de deformaciones de los mitos, muy en consonancia, desde luego, con las restantes elegías heroicas de su tiempo (p. 50):

¹⁷ Diego Ramírez Pagán, *Sonetos*, p. 79.

¹⁸ Ver las anotaciones de López y Siminiani a estos sonetos, ya que amplían detalladamente todas las referencias cultas presentes en ellos.



¿Quién tu negra saeta, horrible Parca,
quién la podrá vencer y a ti sobrarle?,
pues un emperador no ha sido parte,
un César invictísimo, un Monarca.

Carón, mira quién pones en tu barca,
no te pongas a riesgo de anegarte.
Este César venció al invicto Marte,
éste toda la mar y tierra abarca.

Armas, almas, triunfos y despojos
lleva tras sí de acá de lo terreno.
Plus ultra se adelanta su victoria.

El cielo ha hecho fuentes nuestros ojos,
escurrióse el día más sereno,
y el águila voló hasta la gloria.

El tercer soneto, el más alegórico de todos, es prácticamente un emblema, ya que, como se avisa en el título, el poema está dedicado a desentrañar el símbolo del águila, ya utilizado en la "Elegía" y en otro de los sonetos. Es justamente la descripción de los hábitos del ave imperial, la que constituye el argumento simbólico de todo el soneto, titulado "Otro al mismo Emperador fingiendo la metáfora del águila" (pp. 50-51):

El corvo pico de vejez rompía
el águila caudal de fuerte vuelo;
ya se remoza, ya renueva el pelo
con diverso manjar del que solía.

La presa de este imperio no henchía,
sus uñas ya la deja y va al señuelo
que remontar la hace al alto cielo
a pretender más cetro y monarquía.

Los hijos que de vista le perdemos,
como tiernos pollitos desde el nido,
a nuestra madre España que ha enviudado

llorando y consolando la diremos:
"no puedes más perder de lo perdido
ni César más ganar de lo ganado".

Las reiteraciones de los motivos, las hipérboles engrandecedoras y los gestos brillantes que contiene esta colección de poemas dedicados a la figura del Emperador, revelan bien las modestas capacidades de Ramírez Pagán, al que hemos de considerar, sin embargo, el más perseverante y fiel cantor de la gloria en vida y en muerte de Carlos V, parejo, sin duda, al que en la historia literaria ha sido considerado



como primer y único ensalzador del monarca, Hernando de Acuña. La literatura de la época dejó memoria de quien fue poderoso por excelencia. Los poetas buscaron en la antigüedad los mitos más altos para ensalzar su figura. La época así lo exigía. Y Ramírez Pagán cumplió como pocos con este compromiso.

